

El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

Tomo primero.—Entrega 9.



MADRID 24 DE MAYO DE 1838.

Imprenta de la Compañía Tipográfica, calle del Leon.

CONTINUACION

DE LOS OJOS NEGROS. (1).

Un cuento que parece historia o esta historia que parece cuento.

Como hace ya algunas semanas que cierto viage inesperado me obligó á interrumpir mi larga narracion (no té, lector benévolo, si con sentimiento por tu parte, aunque si que con no pequeño por la mía) es muy posible que no recuerdes donde quedamos con el mal vestido y bien traqueteado mancebo de nuestra historia.— Digo, pues, que iba entonces refiriendo, como aquel caminante que en busca de los ojos negros peregrinaba, hallándose en medio de un grupo de gentiles doncellas, que discurriendo con muy buena lógica (aunque no podré decir si es que habia estudiado á Condillac) imaginó que en ninguna parte mejor que en sus bellos rostros pudiera encontrar la joya que la fósforica Hamz encerraba en su seno; pero que á pesar de que á primera vista mas de unos ojos le parecieron aquellos que él buscaba, á poco exámen hubo de conocer que se engañaba.

Suma era entonces su perplegidad: no se atrevia á mirar de nuevo á aquellas mugeres temiendo volver á engañarse, y por otra parte su ansia indomable de conquistar el movable tesoro le incitaba á continuar en sus pesquisas.— En tanto el equilibrio se restableció en los palifocos, y

con él la circulacion de la concurrencia en el salon; por manera que el grupo de las neofitas, obedeciendo á su ley orgánica iba haciendo sus remesas á lo interior y recibiendo el remplazo de la exterior.— ¡Cuántas y cuán lindas caras pasaron por delante del petrificado jóven!—Ora la graciosa morena, con su talle esbelto, compendiado, y aire marcial; despues la rubia padorosa con su cadulante cabellera, su mirar lánguido, y muelle porte. La vista de esta se clavaba con insolente inocencia en la del caminante: mientras que la otra mirándole apenas al soslayo, parecia temerle. Y el pobre paciente sintiendo arder la sangre en sus venas, estaba ya pronto á entregar su corazon á una, cuando la inesperada presencia de otra le hacia vacilar en su propósito, ó la memoria de los ojos negros, olvidarse de entrambas.—Hubo sin embargo una muger, que yo vi entonces, que no olvidaré nunca, pero que mi pluma no alcanza á describir. No era una Venus de Fidias; pero habia en su rostro una expresion, en sus ojos un fuego, en aquellos cabellos que descendian en graciosos rizos sobre un pecho de alabastro, una voluptuosidad indefinible. El fuego divino no animó, tan pronto á la

(1) Véanse los números 1.º y 2.º

estátua de Prometeo, como su vista al caminante.

“¡Ellos son, ellos son! exclamó, y rompiendo frenético la barrera que los circustantes interponían entre él y aquella beldad, cayó a sus pies, gritando: “Aquí me tenéis, ojos divinos; vuestro soy para siempre.”—Una estrepitosa y general carcajada, respondió al instante á sus apasionados acentos.

La misma persona á quien se rendía tan público y espontáneo homenaje dejó ver en sus labios una sonrisa, en la cual al través de cierto aire de bondad, se traslucía un no sé qué de pútricamente lírico. Tendió, no obstante, la mano á su humilde adorador, quien burlándola entusiasmado, fue siguiendo á la que idolatraba hasta un sofá, de los que ahora llamamos divanes, donde ambas tomaron asiento.—La gente del salón se reía á mas y mejor; las mugeres guiñaban el ojo á la beldad, y los hombres hacían sus acostumbradas muecas, aunque conservándose siempre á cierta distancia del exótico mancebo por temor sin duda de algun movimiento brusco que diese lugar á un segundo trastorno.—Poco se cuidaba de ellos el viajero, pues persuadido de que había encontrado sus ojos negros, procuraba con fervorosa y apasionada clemencia captarse el corazón de la que los poseía. Hasta le escuchaba, pero como un manchego pudiera hacerlo á quien le predicase la pasión en hebreo, sin comprenderle.—Desesperábase el menguado; y entonces una dulce mirada le volvía á hechizar; mas tanto habló, tanto le desesperaron, y tanto le contentaron con miradas, que cuando al cabo de ellas, y explicándose pantomimicamente, pidió una respuesta: Entendió la dama y esto me confirmó en la sospecha que había concebido de que fuese sordo-mudo; pero vi que me había engañado solemnemente, pues empezó á hablar con un acento angelical y extraordinaria velebilidad de lengua, si bien en una gerigonza de que apenas entendí los *ser* y los *no ser*.—Terrible contratiempo fue este para el amartelado viajero: el disgusto dió lugar

á la reflexion, esta al análisis y... ¡Oh sorpresa!... Aquella muger tan hermosa no era muger, era un autómeta.

Confieso que el chasco me pareció hartopasado, y cuando ví levantarse á mi hombre de su divan, como si le hubieran aplicado un cohete á cada pierna, repartiendole puñadas al aire, porque los pelifoscos guardaron el cuerpo, no solo me pareció justa su cólera, sino que participando de ella, me dirigí mohino al vestíbulo, ansiando salir de saln tan azaroso.—Esperaba yo que el caminante hiciese otro tanto; pero sin que hasta ahora haya podido comprender la causa; lo que por el contrario hizo, fue internarse mas y mas entre aquellas gentes. Pesóme de ello, y á la caprichosa dama hubo de sucederle lo mismo, porque desde entonces desapareció, dejando al peregrino como á bajel sin brújula ni timon. Observándole desde afuera, me pareció que se habia vuelto loca; llegábase á todas aquellas mugeros ó autómatas, y á medida que con ellas se familiarizaba, le iban los hombres ó muñecos perdiendo el respeto. Insignóme esto al principio; pero despues me convencí de que era justo, que tratasen como á uno de tantos, á quien iba pareciéndose á todos los que le rodeaban. De muger en muger, de mesa en mesa, de necesidad en necesidad iba el peregrino caminando á pasos agigantados al extremo del salón opuesto á aquel por donde ambos entramos, extremo por el cual yo veía desaparecer rápidamente á muchos de los concurrentes, sin ocurrirme de desear saber el cómo, ni el por qué. Mas cuando ví á mi insoportable compañero muy próximo á llegar á él, sentí una violenta curiosidad de conocer aquella ruta, y sin duda me hubiera precipitado en pos del mancebo, si el genio tutelar de aquel edificio no hubiera obrado en favor de ambos un nuevo prodigio.—Sucedió, en efecto, que como si en aquel instante hubiersido caído de mis ojos una venda, ó más bien como si ante ellas se presentara una desordenada ventral, vi que aquella encha puerta salida del salón, era la entrada de una lóbrega y tenebrosa gruta, al pisar

cuyos confines se convertian las bellezas en asquerosos esqueletos, y los pelifoscos en hediondos gimlos. Montados en estos, unos antes con cabeza de mochuelo, garras de tigre, pies de perro y cuerpo de oso, jugaban á los bolos, sirviéndoles de tales los esqueletos femeninos, y de bolas algunas cabezas de pelifoscos que para este solo objeto conservaban en su primitiva forma; mas con la refinada crueldad de que las tales cabezas, aunque separadas de sus cuerpos, conservaban la misma vida y sensibilidad, que cuando estaban unidas á ellos.—Helóseme la sangre en las venas al ver tan horrible espectáculo, y mas contemplando la ceguedad del caminante que casi pisaba ya el funesto limite, y sin embargo no se detenía en su insano curso, di entoces un tremendo grito; pero la distancia y la chilladiza de aquellas gentes impidió sin duda que llegara á sus oídos. En tal extremo y á riesgo de perderme sin duda yo mismo, me decidí á volver á entrar en el salon, para probar á salvarlo. Pero estaba escrito que ninguno de mis temerarios designios llegaria á verificarse: la llama fosfórica, mas viva, mas rutilante que nunca, y con sus ojos negros en el centro, brilló de nuevo ante el caminante. A su resplandor vió el desdichado la gruta, dió un alarido, retrocedió algunos pasos, y en seguida volviéndose aterrado dió á correr con no vista presteza, y derribando á unos, maltratando á otros y atropellando á todos, llegó al vestibulo y cayó exánime á mis pies.

Breve era á mi entender el tiempo de nuestra separacion; pero habia escrito en el macilento rostro de aquel desdichado, años de escesos, siglos de tormentos. Estaba al dejarle yo lozano como la flor de la primavera; era, cuando volvió á mí, tallo que abrasó el cierzo. En cada arruga de su frente se leía un vicio, en cada contraccion de sus músculos un remordimiento. La vejez anticipada es tan horrible, cuanto venerable la natural. Oíasele dentro del pecho un rumor semejante al bramido del huracan: sus manos se contraian como las de un epiléptico, su respiracion

era lenta y embarazosa.—Mi apuro era grande: no podia prestarle auxilio alguno, y el corazon se me partia viéndole padecer tan cruelmente. Levantéle del suelo, no sin trabajo, y arrojándolo al muro lo senté de manera que apoyase en él las espaldas y la cabeza, que dejaba caer lánguidamente sobre el pecho. Verificado esto y no pudiendo hacer mas; despues de haberme rascado las orejas, palmeeado la frente y dado tres ó cuatro golpes con el pie en el bruñido pavimento, que son mis acostumbradas interpelaciones á las ideas, y viendo que permanecian sordas, ni mas ni menos que si les pidiera cuentas, acudí á mi *panacea* universal que es el cigarro. Saqué, pues, uno de los que acostumbro á llevar á grenel en todos los bolsillos, dile una vuelta, me lo puse en la boca... pero no llevaba fósforos, ni en todos aquellos salones veía una sola luz artificial, ni un pobre de S. Bernadino... Imposible fumar... En medio de mi mortificacion me olvidé un momento de mi compañero, que en este corto intervalo habia ya levantado la cabeza y abierto los ojos, fijándolos con espanto en la puerta de entrada del, para él, tan funesto salon. Mas que hombre, me pareció entoces estatua; pero aquel estado duró poco; sus facciones se fueron animando sucesivamente; á la palidez sucedió el color arrebatado; á la expresion del abatimiento la de la ira; á la inmovilidad la agitacion. Levantóse en pie, y sin duda iba á encaminarse á uno de los salones, no sabré decir cual, cuando los muros que formaban el vestibulo se hicieron diáfanos, los que separaban un salon de otro desaparecieron, y cuantas personas habia en ellos se mezclaron y confundieron en una sola reunion. Sonaron á un tiempo músicas, campanas, martillos, truenos y vientos: oyéronse voces, cánticos, lamentos, suspiros y sollozos. Veíanse grupos de enamorados amantes, otros de enérgimenos disputadores; aqui tratos mercantiles; allí sangrientos combates: la alegría y la tristeza juntas como si fueran hermanas: el odio unas veces hijo del amor, otras al amor y el odio jntos. En una palabra,

La diversidad de los sujetos, lo vario de las combinaciones; el estrépito de las voces, el eco agudo de los llantos, la algazara de unos, y el abatimiento de otros: formaban un cuadro animado, pero incomprensible y de sofocante efecto.

El mancebo parecía próximo á perder el poco juicio que le quedaba; lo que no me sorprendió; porque yo mismo empezaba á sentir que mi cabeza no estaba muy firme, aunque sí lo bastante para cuidar de aquel desdichado. Acerquémeme, pues, á él, y agarrándole de la mano, volví á sentarle apoyado contra una de las pilastras, cosa que me costó poco trabajo, pues no era su posición entonces mas que para dejarse llevar por cualquiera. Queriendo cerciorarme de si tenía calentura, fui á tocarle la frente, pero apenas le apliqué la mano á ella cuando retrocedí, maldiciendo mi indiscreto celo. Con un dedo solo llegué á tocarle; pero sentí en el instante un dolor veheméntísimo, y cuando la fuerza de él me permitió examinar la parte dolorida, hallé en ella una vejiga, ni mas ni menos que si hubiera agarrado un hierro ardiente. Confieso que entonces di al diablo toda aquella máquina de prodigios, al mancebo, y aun á mí; pero visto que ya el mal no tenía remedio, y acordándose del refrán, "Cuando se quema la casa calentémonos" dije: "fumaremos"; y diciendo y haciendo, apliqué mi cigarro á la frente del busca-ojos, que en tanto no habia movido ni pie ni mano.

En efecto, el cigarro ardió tan pronto como si hubiera entrado en un brasero, pero la frente del jóven, dándome apenas el tiempo necesario para retirarme de un salto, comenzó á echar chispas á manera de rueda de pólvora. Levantóse el peregrino y como toro jarameño con banderillas de fuego, dió á correr por medio de las gentes, que asombradas le abrian paso, pero llenándole de dieterios, e inundándole de agua fria, sin poder apagar aquel fuego de nueva especie.

"Que llamen á un periodista, tal vez lo apague", esclamó una voz.—"No, no: respondió otro, á un predicador."—Mejor

es un gramático, clamaron en un ángulo.—Nada de eso, interpuso otro, un crítico.—Sí, un crítico.—Un crítico.—Un crítico"; y apareció un hombre alto, flaco, amarillo, con los ojos hundidos á media legua de distancia de unos enormes microscopios que llevaba á guisa de antiparras. Su vestido se componia, como el de un zalequin, de retazos; pero todos agenos, y de lo peor que habia podido encontrar en cada prójimo. Apenas de puro viejo se le caia uno cuando al instante arrancaba otro al desdichado que tenia mas cerca, sin mirar si era Tirio ó Troyano. En cuanto ponía las manos, dejaba una mancha asquerosa é indeleble. Su aliento era neftico; sudaba aceite de bailena, y en vez de hablar silbaba como una culebra.

Llegóse este semi-serpiente al mancebo cuidando de colocarse á sotavento por temor de un chispazo, y desarrollando un fajo de papeles que llevaba debajo del brazo, le silvó una ó dos de sus frases al oido. Escuchándolas se rodeó el incendio del mancebo, botó como un ciervo herido de un flechazo, y se volvió al saludador como una fiera. Sin duda que el último esperaba lo que habia de suceder, pues con no vista presteza dió media vuelta á la izquierda, presentó la parte posterior, recibió en ella y gallardamente un solemne puntapié que le hizo besar el suelo, y levantándose en seguida, siempre con los papeles en la derecha mano, mientras que con la izquierda se rascaba en la parte magullada, hizo un profundo saludo al de la frente incendiada, y pasó á colocarse por segunda vez á las inmediaciones de su oido.—En seguida, y como si nada hubiera sucedido volvió el crítico á silvar, á enardecerse el fuego del mancebo, á mirar de bordo á aquel, y á aplicarle el anterior correctivo este. Otra y otra y mas veces se repitió igual escena: siendo de notar que los concurrentes que aplaudian los silvidos del hombre culebra, se gozaban en los puntapiés que el otro le pegaba. Mas los silvidos fueron mas fuertes que el fuego frontal, y uno mas agudo, mas penetrante que todos los anteriores, anunció el triunfo definitivo, del mancebo.

lento y perseverante crítico.—Quiso el diablo, que todo lo enreda, que acertasen á hallarse cerca del mancebo, precisamente en el momento en que cesó el incendio de su cabeza algunos de los pelifscos, á quienes hizo este perder antes su equilibrio, y juzgando la ocasion á propósito para vengarse, se le aproximaron llenándole de improperios. Pero el peregrino á quien el hombre-serpiente habia dejado asaz mohino, mostrando que si el fuego de su frente se habia extinguido, no por eso carecía de fuerza ni de agilidad; comenzó á reparar magieones, y menudear puñadas, de cuyas resultas sangraron muchas narices, y midieron el suelo razonable número de aflautados cuerpos.—Con este sencillo expediente varió el negocio de aspecto. La insultante osadía, se convirtió en servil adulacion; los dietorios en lisonjas; las amenazas en homenajes.

Disgustado sin duda de tan despreciable compañía, dirigióse el caminante á un numeroso grupo de gente robusta, de alegre semblante, y maneras, aunque bruscas, cordiales, que cubiertos de acero parecian prontos á emprender alguna militar jornada. Recibiósele bien, porque le habian visto conducirse como hombre bien templado; uno de ellos le dirigió una arenga, que no pude oír á causa de la distancia, (permanecía yo en el vestibulo), pero que me pareció enérgica, y que se terminó en-

señando al mancebo una palma y una corona de verde laurel, y presentándole en seguida una armadura completa. Acomodósele aquel lo mejor que pudo, y mezclándose con los otros le hubiera yo indudablemente perdido de vista, si encima de la coraza no se hubiera puesto á manera de casaca ó sobrevesta el ferruuelo negro, merced al cual pude distinguirle mientras alcanzó mi vista á divisar el esendero guerrero que en breve desapareció por la última galería.

Perplejo me hallaba sobre qué haría, pues lo único que allí me interesaba era el mancebo, y ese solo por curiosidad, y una vez fuera él de mi vista, ya nada podía entretenerme en aquel recinto; pero como no me era posible salir de él, me resigné con mi suerte: encendí un cigarro entero en la punta del que se me iba acabando, sentéme como un árabe en el suelo, crucé las piernas y empecé á echar mas humo por la boca que la chimenea de un horno de talona.

Y ahora, amigo lector, si eres fumador haz tú lo mismo, y si no entretente con cualquiera otra cosa que fuere de tu agrado; porque el cuento va largo, y parece bien dejarlo para otro día.

(Se concluirá en el número siguiente.)

PATRICIO DE LA ESCOBURA.

RUBINI.

Una noche, algunas semanas antes del incendio de la sala Favart, Tamburini, Rubini, Lablache, Ferlini, el desdichado Severici y el señor Persiani, esposo de la interesante y deliciosa Tacchinardi (cuyos brillantes triunfos impidieron tantas y tan repetidas veces á la Grissi, que durmiese pacíficamente) se entretenian reunidos en

amigable sociedad, al rededor de la chimenea del hogar (*foyer*) del teatro italiano. Hablaban con tanta mas seguridad y descuido como que solo una persona se hallaba sentada á sus inmediaciones; esta persona era un francés, y ellos hablaban en italiano. Lablache y Rubini estuvieron algun tiempo discutiendo á

cerca de las particularidades acaecidas en una partida de wisth, que verosimilmente habia tenido lugar la víspera en casa del tenor; y despues vinieron á parar en hablar de un pobre muchacho tocador de violin, que habian encontrado la noche anterior trasido de frio en las gradas del teatro. El conserje lo habia recogido, y se trataba ahora de recolectar una susericion entre los actores para ayudar al desdichado.

—“Yo la daré de buena gana, dijo Rubini, sacando del bolsillo una pieza de oro.”—“¿El wisth te ha sido ayer muy favorable? preguntó Tamburini, en tono piadoso.

—No, no, *mio caro*; pero si quieres escucharme un momento te haré ver por qué me tomo un interés tan vivo con esos misiquillos ambulantes, que carecen de pan, y no sabea donde pasar la noche en el invierno.

Trinta años hace que una pobre familia recorria á pie la Italia, y no tenia otro medio de ganar su pan, (¡y pan bien negro; bien negro, sí, por Cristo!) sino el de dar serenatas al aire libre á derecha é izquierda. Despues de concluída la serenata, un muchacho daba vueltas al rededor de los espectadores con un platillo de madera en la mano; en seguida se volvía á colocar el contrabajo sobre los lomos de un esno flaco, viejo, y tal que movía á compasion el mirarle. El padre se colgaba en forma de bandolera los violines y las violas, los mas jóvenes se encargaban del clarinete y de la flauta, y el hermano limosnero, de edad de doce años, se ponía á un lado una trompa casi tan grande como él: necesario era mirar una y otra vez con atencion para distinguir si la trompa era la que estaba unida á la cintura del muchacho, ó el muchacho el que estaba pegado á los corchos conductos del instrumento. A dos pasos de allí volvían á tomar los violines; daban principio á otro concierto al aire libre, volvía á circular el platillo entre los oyentes... y así se repetía mas lejos, y siempre así. Los productos del platillo eran mezquinos; no siempre se

pagaban las alboradas de esta caravana musical, y aun en una ocasion les robaron el importe de un concierto... Sí... se les robó!... Un saltador de caminos italiano tuvo la peregrina idea de exigir le tocasen un concierto ó quitarles la vida. Tuvo este efecto á satisfacion del bandolero que llevó su generosidad hasta el extremo de llenar el platillo que le presentó el muchacho. Este último (no puedo menos de confesarlo) no estaba muy en sí, y merecia tanto menos este acto de munificencia, cuanto que habia hecho dar á la trompa mas de un son destemplado.

Si los trovadores pasaban alguna vez malas jornadas en su ambulante vida, tambien disfrutaban, en compensacion, obras muy buenas, y de este número fué una en que Juan Bautista, á quien sin duda han conocido ustedes, fue admitido en los coros de una malísima compañía que cantaba en el teatro de Romano. La víspera de la última representación que debia dar la compañía, desapareció la *prima donna*, dejando á sus compañeros en un compromiso fácil de figurarse. Esta apasionada criatura no se habia resuelto á partir sin llevar consigo á un viajero comisionista francés, el cual jugó á la actriz la misma pasada que ella habia antes jugado á la compañía lírica. ¿Qué hacer en este caso? ¿Qué partido tomar? El padre de Juan Bautista pasó toda la noche en hacer aprender bien ó mal á su hijo la parte de la *prima donna*, y al otro dia por la mañana, Juan, vestido de muger, cantó el papel de un modo tal que hizo furor, y tuvo el gusto de oír por la vez primera el estrepitoso ruido de los aplausos con que debia mas tarde llegar á familiarizarse.

¡Ved, pues, á nuestro jóven hacer de *prima donna*! obtuvo en el desempeño de esta parte tantos y tan felices resultados, que á pesar de haberse anunciado se iba á dar fin á las funciones líricas, se verificaron tres representaciones sucesivas en que estuvo lleno el teatro, y en la última, sientan sobre una mesa al actor en el vestíbulo del teatro, vestido de muger, colocándole entre dos flameros, y á sus pies una

bandeja de estaño para recibir en ella la ofrenda de los espectadores. Estas ofrendas, *mio caro*, se elevaron á quince libras de Francia.

El oficio de *prima donna* era un buen oficio para Juan; mas por desgracia le fue preciso dejarlo por tener que ir á tocar el violin en los intermedios, al lado de su padre en la orquesta de Bérgamo, y cantar despues en los coros. Despues de dos meses de tan penoso ejercicio para el muchacho, Lamberti quiso dar en Bérgamo una ópera nueva de su composicion; le faltaba un tenor para llenar un papel secundario y satisfacer á las exijencias de su partitura; el padre de Juan, como padre de la *debutante*, siempre en acecho de encontrar medios para volver á presentar á su hijo en la escena, habló de los sucesos obtenidos por este en Romano, y obtuvo el permiso de que se pudiese á prueba la *ex prima donna*.—; *Per Bacco!* (1) El resultado salió á pedir de boca. La cabatina de Lamberti fue muy bien cantada, y el maestro ananifestó su satisfaccion al jóven artista, dándole un escudo. Gracias á esta generosidad, el tenor pudo comprarse unos zapatos nuevos.

El primer paso estaba dado, y Juan tenia con qué andar ya, y tambien con qué hacer sus caminatas.

Una gran careajada de Tamburini acogió este juego de voces, y Rubini, sin perder nada de su dignidad, añadió.

—Al dejar á Bergamo, Juan, tuvo aun algunos dias bastante malos; mas llegaron

en fin los buenos para nunca cesar. Aunque fué rechazado como corista por el empresario del grau teatro de la *Scala* de Milan, que no encontraba una cantidad de voz suficiente en este jóven, admitió la contrata que le hicieron en Pajazzuolo para servir la plaza de segundo tenor... ¡Seiscientos francos! ¡*Per Cristo!* Ya no era esto el escudo del maestro Lamberti. Con seiscientos francos se compran no solo zapatos, sino una capa tambien; suntuoso vestido que deseaba Juan, con ansiedad, desde su infancia, y como nada mas deseado despues... A estos seiscientos francos, sucedieron mil duros por el empresario del teatro de Brescia; dos mil en Venecia para cantar el *Mirza*.— En una palabra, el pobre diablo llegó á ser un personaje de importancia. Fioravanti escribió para él *Adelson y Salvini*, y otras dos óperas. Rossini suplicó al tenor de no la se encargase del papel principal en la partitura de la *Gazza*; en fin, Viena y París acabaron por elipirse á Juan y... He aquí; la obraura comienza; estan esperando á Juan para cantar la *Sonambula*.

El Gran Bautista, dijo Severini, no tiene ahora menos de 50,000 libras de renta.

—Sin contar que es el primer cantante de la Europa, intercuampo Llabaco.

—Y que ninguno juega al wisth con mas talento que él, añadió Tamburini, haciendo una pirueta.

—“Escepto yo,” replicó L. Macho.

En este momento habia entrado en la escena Rubini cantando el duó: “*Pensir l' anel si dono*”; los espectadores aguardan con trasportes tales, que parecen estar dominados de un verdadero frenesí.

(1) Exclamacion muy usada, especialmente entre los cantantes.

EL PUENTE DE ALCANTARA.

Si bien por descuido nuestro y por otras causas que seria prelijo enumerar, permanecen aun desconocidos y olvidados innumerables restos de la antigüedad en obras y monumentos, pertenecientes á dis-

tintas épocas, desde las mas remotas hasta los últimos tiempos de la edad media, principia ya á desaparecer en los países estrangeros que así como todas las bellezas naturales no son exclusivas de la España,

así también Grecia é Italia no son las únicas naciones que encierran bellezas artísticas y monumentos antiguos dignos de escitar la atención del erudito y del artista, siendo la península española tan rica en este punto como la que mas. Mérida, Itálica, Tarragona, la Alhambra de Granada, la catedral y el Alcázar de Sevilla, la catedral de Córdoba, la de Burgos y la de Toledo, sus nombres vulgares ya en tierras extranjeras y que patentizan la verdad de lo que acabo de afirmar. Sin embargo, á pesar de su importancia, no son los únicos que debe tener presente el viajero instruido, pues hay otros muchos de gran interés. Entre ellos citaremos el puente de Alcántara, precioso resto de la arquitectura romana, mandado construir sobre el Tajo por el emperador Trajano, en memoria de su victoria contra los dacios. Está formado de la clase de piedra llamada berro pieña, almohadillada con sillares iguales de dos pies de ancho y cuatro de largo, extraídos de una canchala que dista una legua de Alcántara. El Tajo que cuenta mas de 80 leguas de curso, al pasar debajo de este puente no tiene en su mayor meguante menos de 12 pies de profundidad: desde la superficie del agua hasta el principio de las dobelas de los dos arcos de en medio hay 87 de distancia, y desde este punto hasta el pavimento del puente 76 que con 4 1/2 de antepecho forman un total de 207 pies que es la altura de la obra.

Consta el puente de seis arcos, los dos del centro iguales y mayores que los otros, teniendo cada uno 114 pies de diámetro y los machones por el frente 40 de grueso. La longitud total del puente es de 686 pies, y su anchura, comprendido el antepecho, 30.

Habia antiguamente en los extremos del puente dos torrecillas que mandaron derribar los reyes Católicos por considerarlas inútiles. En medio aun se conserva una llamada del Aguila que está colocada al lado de un arco levantado en el mismo sitio, y cuya altura es de 47 pies con 11 de grueso. En el friso de la torre se lee aun por ambos lados la siguiente inscripcion que

manifiesta el nombre del fundador y la época en que se construyó el edificio:

IMP. CAESARI. divi. Nervae. T. Nervae. Traiano. aug. germ. Dacico. pontif. max. trib. potes. VIII. CONS. VV. P.

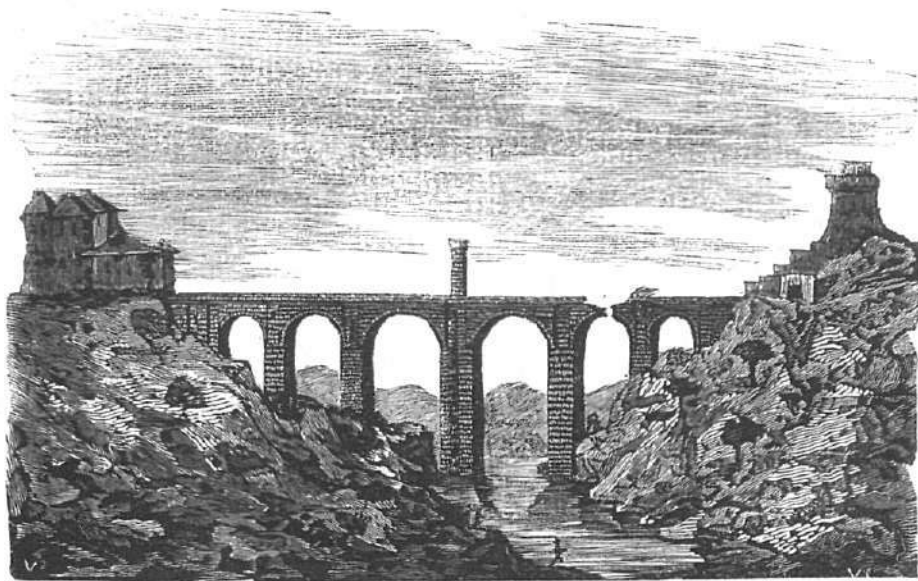
A pocos pasos del puente existe una pequeña torre que lo domina, construida posteriormente, sin duda, para su defensa, y que llaman la *Torre del Oro*. A la entrada del puente bajando de la villa habia antiguamente un pequeño templo, cuyos restos existen aun, fabricado por el mismo artífice, con igual piedra y bajo el mismo sistema de construccion. Tiene este edificio 12 pies de ancho, 20 de largo y 16 de alto, formando la entrada con tres columnas, dos á los lados y una que sirve de dictel. Está cubierto de grandes losas tan bien unidas entre sí, que á pesar del mucho tiempo que ha pasado, es fácil ver que jamás ha penetrado el agua. Habia también antiguamente en este templo un ara con esta inscripcion.

CAIUS. Julius. Lacer. Hinc aram crexit V. T. Diis. Sacra. FACERET.; y entrando á la derecha un sepulcro que se suponía contener las cenizas del arquitecto con estas letras al rededor.

C. J. L. H. S. E. S. T. T. L. Caius. Julius. Lacer. Hic Situs Est. Sit Tibi Terra Levis.; pero ambos monumentos han desaparecido.

Cuando los árabes perdieron á Alcántara rompieron el arco mas pequeño que está á la salida, y estuvo restaurado con vigas hasta que Carlos I lo hizo reedificar de modo que apenas se distinguía de la obra antigua. Per esta misma época se formaron también al pie del castillejo que domina el puente unos edificios de pizarra acaso para servir de cuarteles á la guarnicion. En la guerra de sucesion volaron los portugueses en una retirada el mismo arco, pero de modo que quedó intacta la primera hilera de dobelas y parte de las otras: á muy poco tiempo se volvió á reedificar. Cuando la invasion francesa fue dicho arco destruido por tercera vez, poniendo en la rotura una atmazon de madera, cubierta de tablas, que permaneció así hasta que

EL PANORAMA.



J. M. Velarde d.^o

V. Castelló g.^o

EL PUENTE DE ALCANTARA.



la expedición carlista de Gomez invadió la Estremadura, en cuya época se quemó para impedir su paso; sin que hasta ahora se haya pensado en reedificarlo.

JOSE MARIA VELARDE.

HISTORIA NATURAL.

Variedad de la especie humana. (Continuacion).

CHINOS.



Los chinos se parecen mucho á los tártaros en el rostro y en las facciones, siendo muy probable que es uno mismo su origen no obstante la diferencia total del natural, costumbres y hábitos de estos dos pueblos. Los tártaros son fieros, belicosos, dados á la caza, aman las fatigas, la independencia, son duros y groseros hasta la brutalidad. Los chinos por el contrario son inclinados á la malicia, pacíficos, indolentes, supersticiosos, sumisos, dependientes hasta la esclavitud, ceremoniosos, cumplimenteros hasta la saciedad y el esafu.

JAPONES.

Los japones se parecen tanto á los chinos que debe considerárseles como una misma raza de hombres. Son de un natural activo, guerreros, diestros, vigorosos, y políticos. Hablan bien, son muy afectos á cumplimientos, pero á la vez muy inconstantes y vanos. Son muy laboriosos y hábiles en todas las artes y oficios. Se sirven como los chinos de unos bastones para comer, y durante sus comidas hacen muchas ceremonias, ó por mejor decir, muchos gestos ridiculos y extraños. Una costumbre particular tienen estas dos naciones, la de hacer por medio de fuertes ligaduras que las mujeres tengan los pies tan estrechamente pequeños que apenas pueden sostenerse en pie. Una mujer hermosa en la china ó en Japon debe tener el pie tan pequeño que pueda servir el zapato de un niño de seis años.

Pretenden algunos viajeros que los celestinos han hecho imaginar á los chinos este medio de evitar las citas amorosas de sus mujeres, porque no pudiendo casi todas apenas andar, tienen que estar en sus habitaciones. Aquí se verifica al pie de la letra el antiguo refran español:

La mujer la pierna quebrada y en casa.

Hay un gusto decidido por las orejas grandes en todos los pueblos de Oriente; pero los unos las prulongan por la parte inferior sin hacerles mas agujero que el necesario para poner los pendientes, mientras que en otros, como en el pais de los *Zaos*, hacen el agujero tan grande que casi les cabe el puño, y dejando caer las orejas sobre la espalda, tan prodigiosa es su magnitud.

HOMBRES CON COLA.

En la isla *Formosa*, no muy distante de la costa de la provincia de Fokien en la China, refiere un viajero haber visto con sus propios ojos un hombre que tenia una cola de cerca un pie de largo, cubierto de un pelo rojo semejante á la de un buey. Este hombre con cola aseguró que esta particularidad provenia del clima, y que todos los habitantes de la parte meridional de la isla tenian colas como él. Otros viajeros refieren lo mismo de los habitantes del reino de *Lambry*, en donde hay hombres con colas tan largas como la mano, y que viven en los montes. Segun

Mr. Bomare estas colas no son mas que una prolongacion del coccox, y no se ha observado sino en ciertos individuos.

En esta misma isla *Formosa* no es permitido á las mujeres parir antes de los 35 años, no obstante de que son libres para contraer matrimonio antes de esta edad. Cuando estan embarazadas sus sacerdotisas las hacen abortar con remedios, y aun hasta dándolas patadas en el vientre. No solo se reputa infamia, sino aun crimen, y de los mas punibles, el dar á luz una criatura antes de la edad prescrita por la ley.

PUEBLOS DE LA INDIA.

Mas singulares y estrañas son aun las costumbres de los diferentes pueblos de la India. Los *baniános* no comen nada que haya vivido; temen matar el mas vil, el mas despreciable insecto, aun de aquellos que molestan el cuerpo del hombre, que le pican, que le chupan su sangre. Arrojan miz, habas y frutas en los rios para alimentar los peces: y trigo en las tierras para mantener las aves y los reptiles. Cuando encuentran un cazador ó un pescador le ruegan, le suplican, le instan que desista de su empresa; si se niega á ello los ofrecen dinero por su escopeta y por sus redes, y si se obstina aun, remueven las aguas para espantar la pesca, ó corren haciendo gran ruido y dando voces para ahuyentar la caza, y muchas veces sostienen reyertas con los cazadores por este motivo. Los *naires* ó los nobles de *Calicat* no pueden tener mas de una mu-

jer, pero las mujeres pueden tener cuantos maridos les agraden. Las hay que tienen hasta diez, á quienes miran como esclavos sometidos á su belleza. Esta libertad de tener muchos maridos es un privilegio de la nobleza, que las mujeres de condicion no se descuidan en hacer valer, pero las mujeres del pueblo solo pueden tener un marido, verdad que dulcifican el rigor de la ley, abandonándose á los estraños sin temor de sus maridos que no se atreven á oponerse. Otra estraña costumbre de este pais es que las madres acostumbren á prostituir á sus hijas lo mas jóvenes que pueden. Hay entre los *naires* ciertos hombres y ciertas mujeres que tienen las piernas tan gruesas como el cuerpo de cualquier otro hombre. Esta deformidad no es efecto de ninguna enfermedad proviene desde su nacimiento.

MOGOLES.

Los mogoles y los demas pueblos de la península indiana se parecen bastante á los europeos en la estatura y en las facciones, pero se diferencian mas ó menos

en el color. Los mogoles son de color de aceituna, aunque en lengua india *mogol* quiere decir *blanco*. Las mujeres son estrañamente curiosas y limpias; se bañan

muchas veces al día, tienen las piernas y los muslos muy largos, el cuerpo muy pequeño al contrario de las mujeres de Europa. En el reino de *Decan* se casan los habitantes desde niños, y cuando el marido tiene diez años y la mujer ocho los padres los dejan habitar juntos, y los hay que tienen hijos en tan corta edad; pero las mujeres que tan prematuramente paren dejan de hacerlo antes de los 30 años, á

cuya edad se hallan tan ajadas como en la vejez mas decrepita. Entre las mujeres las hay que se dejan sajar la piel para pintar sobre ella flores de diversos colores como cuando se aplican ventosas; esta operacion la hacen con jugo de varias plantas, y así hay algunas mujeres, cuya piel parece una vistosa tela pintada con variedad de dibujos.

PERSAS.

La sangre del persa es naturalmente gruesa. Esto se ve en los *ginibros* que son el resto de los antiguos persas. Son feos, mal conformados, pesados, con una piel toza y colorada. Al presente la raza persiana se ha afinado y hermoseado mucho por la mezcla de la sangre georgiana y circasiense. Estas dos naciones son las mas privilegiadas en hermosura por la naturaleza. No hay ningun hombre de cualidad en Persia que no sea lijo de una georgiana ó circasiana. Como hace muchos años que se ha verificado la mezcla de estos pueblos, las mujeres se han establecido tambien mucho en Persia, aunque no hasta el punto de ser comparables aun con las georgianas. Los hombres son por lo re-

gular altos, derechos, de buen color, vigorosos, y de hermosa presencia, dotes que no han heredado de sus padres, pues sin la mezcla de que hemos hablado, los persas serian muy feos como descendientes de los tártaros, cuya deformidad y groseria hemos descrito. Los persas aman las ciencias, son muy políticos, inclinados al lujo, á la voluptuosidad, y son gastadores hasta el esceso.

Las mujeres del pueblo en Persia tienen una singular supersticion. Las que son estériles, para ser fecundas, pasan por debajo de los cadáveres de los criminales pendientes de los patibulos, y ademas hay otras prácticas no menos ajenas de razon.

ARABES.

Los árabes permanecen aun hoy la mayor parte en un estado de independencia que supone un desconocimiento total de las leyes. Viven como los *tártaros* sin reglas, sin policia, sin civilizacion, casi sin sociedad. El hurto, el robo, las deprada-

ciones estan autorizadas por sus gefes. Hacen gala de estos vicios, no tienen ningun respeto á la virtud, y de todas las convenciones humanas no han admitido mas que las que son el producto del fanatismo y la supersticion. M.

LA ENTREVISTA.

Fue la minoridad de Carlos II, último de los reyes austríacos en España, una época de disensiones y discordias como han solido serlo todas en iguales circunstancias; pero debe tenerse presente que estas revueltas eran muy diferentes de las que presenta el siglo actual en las que se debaten principios de gobierno, y se interesan pasiones populares, y solo se limitaban al estrecho círculo de los palaciegos y personas influyentes que pugnaban por apoderarse del mando, sin que en la contienda se mezclasen mas cuestiones políticas que la perpétua de la felicidad de los pueblos y el bienestar general, que como pretexto de oposicion han adoptado y adoptarán siempre todos los partidos, todos los bandos y todas las pandillas.

En la época de que se ha hecho mencion tomaban los descontentos con el gobierno de la regenta doña Mariana de Austria, madre del rey, el nombre del hermano natural del mismo, D. Juan de Austria, reputado en aquel tiempo por gran general y hombre de estado, y cuya ambicion ó influencia que media por su categoria y renombre, eran contrariadas por la reina Madre y sus allegados. Este príncipe no podia en su situacion ocupar un puesto secundario en el estado, se negaba á recibir órdenes de los ministros de la regenta porque se ofendia su altivez, y así ninguna de cuantas reconciliaciones se verificaron fue sincera, y al cabo cuando el rey llegó á la edad de 14 años lograron los partidarios de su tío que se declarase mayor y nombrase á D. Juan su primer ministro, cesando la reina Madre de gobernar el estado, no para que el rey gobernase, sino para que pasase el poder á manos del príncipe.

Antes de este suceso ya habian estado ambos partidos para venir á las manos en guerra abierta. Los contrarios de la reina Madre, cuyo gefe verdadero ó aparente era D. Juan de Austria, hacian, lo que han hecho siempre todos los partidos, salvaban las apariencias protestando su fidelidad al trono y á la madre del rey, y dirigian sus ataques á los que ejercian el poder en su nombre y gozaban de su confianza, que suponian causantes de todos los males que affligian á la nacion. El primero que cayó victima de sus esfuerzos fue un jesuita alemán, confesor de la regenta que fue enviado de embajador á Roma. En el intervalo que medió desde la caida de este hasta la privanza de Valenzuela no cesaron las intrigas de los palaciegos para apoderarse del mando, ni los conatos mas nobles y francos, pero no menos temibles de D. Juan de Austria, para lograr una influencia que creia debida á su nacimiento y renombre. La pobre reina en tanto que no estaba dotada de aquella energía de carácter y decision que son tan necesarias para hacer respetar el supremo poder en circunstancias difíciles, veíase asediada y combatida por todos lados sin saber qué resolver, no atreviéndose por una especie de prevenicion instintiva á entregarse en manos de su cuñado, como quizá hubiera sido mas acertado, y como no dejaban de aconsejarle alguna que otra persona bien intencionada ó que pensaba medrar por este medio.

En uno de los momentos en que causada la regenta de tantos afanes y contradicciones se hallaba muy próxima á entregar la direccion de los negocios del estado á D. Juan, estaba este príncipe en Toledo. Establáronse algunas comunicaciones con-

EL PANORAMA.



fidenciales para verificar la reconciliacion, y últimamente se convino en que la reina saldría á cazar un día al Pardo, que se convidaría al príncipe, y que durante la diversion, podrian hablarse los dos augustos personajes y arreglar por sí mismos lo mas conveniente al bien del estado. Esta entrevista se había considerado indispensable porque D. Juan de Austria se había negado constantemente á entrar en contestaciones con ninguno de los comisionados que al efecto le dirigió la reina pretendiendo entenderse con ella directamente y de palabra.

Llegó al fin el día señalado. La reina se había trasladado al Pardo desde el anterior y su cuñado debía llegar cuando S. M. estuviese entretenida en la caza. Muy de mañana principió esta con todos los preparativos y ceremonias que se acostumbraban. Doña Mariana demasiado entregada á sus reflexiones ó inquietudes no tomó en ella mucha parte, contentándose con recorrer á caballo los puestos y dirigiendo sin cesar sus miradas hacia el lado por donde debía venir el príncipe. No tardó este en aparecer al frente de una lucida comitiva de caballeros y servidumbre; paró la reina su caballo al verlo y llegado D. Juan cerca de ella se apeó de su cabalgadura y fue á rendirla homenaje. Ambos estaban turbados y colocados en el centro de un círculo que formaba el acompañamiento de ambos personajes. La reina fue la primera que se serenó y dijo:

—Príncipe os dispenso de toda ceremonia. Sois el hermano que vuelve á ver á la hermana, y tan estrecho parentesco autoriza la franqueza. Volved á montar en vuestro caballo y tomad la molestia de ser vos solo el que me acompañe.

Dicho esto picó á su caballo y se adelantó á alguna distancia de su comitiva. El príncipe hizo otro tanto y el acompañamiento de ambos confundíndose los seguía á alguna distancia.

Algo mas de una hora duró el paseo.

La conversacion que tuvieron fue bastante animada, segun se podia calcular por sus gestos. De repente paró la reina su caballo y esperó á la comitiva que los alcanzó al momento. El príncipe estaba cabizbajo y pensativo: la reina encendida, altiva y sobresaliendo en su cara una sonrisa burlesca y una ligera indicacion de ironía. Durante la comida no cesó la regenta de dirigir al príncipe festivas chanzas, á que este respondía con forzada sonrisa, continuando su distraccion.

Al despedirse dijo la Reina á D. Juan.

—Mañana, príncipe, espero que me favorecereis en palacio con vuestra presencia. Ya habréis meditado lo que os he dicho y conoceréis que tengo razon.

Al día siguiente recibió la regenta al príncipe en audiencia pública. Hablaron los dos algunas palabras en secreto y despues dijo la reina en alta voz á los presentes:

—El príncipe mi augusto hermano pasa á Zaragoza á encargarse del gobierno de la corona de Aragon. Me son muy conocidos sus buenos deseos respecto al rey, mi hijo, y estoy muy satisfecha de sus servicios.

D. Juan manifestó su asenso con una ceremoniosa cortesía y fue despedido por la regenta.

Nunca se supo lo que había pasado en su entrevista porque ninguno de los dos habló jamas de ello ni aun á las personas de su mayor confianza. Sin embargo por las conjeturas de algunos y por la conducta observada posteriormente por el príncipe que no quiso tomar parte en ninguna intriga de las que se tramaron contra Valenzuela, hasta que el mismo rey declarado mayor lo mandó llamar, se cree que llevó en la conferencia sus pretensiones hasta un punto capaz de ofender á una reina jóven y hermosa, y que compró su perdón con una fidelidad forzada y una obediencia que tan propenso estuvo á desmentir.

J. U.

! LA MUERTE !

Lo que nace ha de morir ;
 pues cuanto ha nacido ha muerto ;
 esta es la ley del vivir ,
 trocar en mudo desierto
 los sueños del porvenir.

JUAN BAUTISTA ALONSO.

Dedicada al Autor del epigrafe.

Que eres tú mortal ! cual fragil nave
 en el mar proceloso de la vida
 que de furiosas olas combatida
 al abismo descendiente del no ser.
 Si tu amoroso pecho no palpita
 en la mansion eterna del descanso ,
 tampoco allí tu corazon se agita
 con los recuerdos áridos de ayer.
 Tampoco miras en el mundo impío
 otros seres reir , mientras tú lloras :
 ¿ bajo la losa del sepulcro frío
 qué son las ilusiones seductoras ?
 Qué son las galas , ¡ miseros mortales !
 si en hediondez y polvo las convierte
 la mano oculta y férrea de la muerte
 que hace al magnate y al pechero iguales ?
 En el delirio de su mente el hombre
 aéreo y celestial un mundo crea ;
 pero es un mundo que no tiene nombre,
 y en el borde se muere de una idea.
 Si entre un raudal de hermosas ilusiones
 se desliza fugaz la humana vida,
 también el alma queda adormecida
 por el choque fatal de las pasiones.
 También sorprende la terrible parca
 que sin ser vista llega presurosa,
 en el trono al monarca,
 y en el lecho de flores á la hermosa.
 Todos han de morir !... decreto impío !
 el anciano y el niño... hasta el guerrero,
 que en cien combates al lidiar con brío

su vida respetó contrario acero.

Miserable condicion
 es la tuya , raza humana ;
 pues te anuncia una campana
 en medio de tu ilusion
 que puedes morir mañana.
 Tú miras en este suelo
 que dan matiz á las flores
 los matutinos albores,
 y ves un hermoso cielo
 con nubes de mil colores.
 Y de la aurora importuna
 ves el brillante arrebol ,
 y la plateada luna,
 cuando se mece en su cuna
 la noche tumba del sol.

Ves magníficos salones,
 palacios , regios doscelos,
 y en el mar ves mil pendones,
 que tremolau los bajeles
 de diferentes naciones.
 Y ves hermosos jardines,
 y lirios en el posil
 que mece el aura sutil :
 mujeres , cual serafines
 con gargantas de marfil.
 Todo te encanta en el mundo ,
 y te seduce también
 en tu delirio profundo ;
 pues el que juzgas Edén
 es solo un pantano inundo.

Las hojas de nieve y grana
de la flor que viste ayer
con su lozanía ufana
en los pensiles crecer,
verás marchitas mañana.
Veréis los regios salones,
morada de los tiranos
hundidos también, humanos;
por el tiempo las naciones:
los tronos por vuestras manos.
También el mar se desata,
bramando con furia tal,
que esos bajeles, mortal,
tendrán en ondas de plata
un sepulcro de cristal.

La hermosa cuya niñez
se deslizó entre jazmines,
sin llegar á su vejez,
baja á la tumba tal vez,
cuando brilla en los festines.
En aquella edad dorada,
edad de amor, é ilusiones,
solo su dulce mirada
hace hervir la sangre helada,
y abraza los corazones.
Entonces con desvarío

mil necios que amar ignoran
dicen, mujer, que te adoran,
y siendo cadáver frío
sobre tu tumba no lloran.
Pues en el llanto también
placer siente alma aflijida,
mas si ellos te quieren bien,
es solo mientras te ven
de ricas gafas vestida.
No cuando en despojos yertos
te convierte para fiera;
porque el hombre considera
que entre los vivos y muertos
hay una grande barrera.
Pues todo debe morir
en este mísero suelo,
quien sabe en el porvenir
si estará escrito que el cielo
deje también de existir!
También las generaciones
sirven á otras de escalones
en la mundanal escena,
y son de la gran cadena
los pequeños eslabones.

A.

ALBUM.



4

LIBRO ARTISTICO Y LITERARIO — En la última sesión de competencia verificada el jueves próximo pasado se leyeron varias composiciones literarias de mucho mérito, entre las que mereció particular aceptación una poética que fue leída por el Sr. Moreno, y es su autor D. N. Rios. El Sr. Espronceda leyó otra de D. Enrique Gil, llena de pasión y de entusiasmo, y que es sin duda una de las mejores de su autor. Este jóven poeta nos parece llamado á ocupar un puesto muy distinguido entre los modernos escritores mas sobresalientes. La seccion de música contribuyó por su parte al esplendor de la sesión, así como la seccion de arquitectura que ha principiado ya á tomar parte en las sesiones de competencia. Son muy estrechos los límites de nuestro periódico para esbozarnos á analizar los trabajos de la seccion de pintura, cuyos individuos continúan procurando con el mayor celo la brillantez de tan útil establecimiento.

FUNCIONES DRAMATICAS. — No puede llamarse así absolutamente la que se verificó dias pasados

en el teatro del Príncipe, compuesta de música, declamación y baile. En ella cantó el Sr. Sales una cabatina del *Nuevo Figaro*, y otra del *Fanático de Farinelli*. Recibió, como era de esperar, las numerosas salvas de aplausos que tan familiares son á este distinguido cantante, cuyo talento cómico es tan digno de atención. *Las Cúas*, antiquísima pieza en un acto, cuya existencia sostiene la inimitable gracia del Sr. Guzman, auxiliada con la naturalidad del Sr. Fabiani, y *Ella es El*, preciosa comedia del señor Breton, cuyo mérito realza el talento dramático de la Sra. Dier y el Sr. Romea, formaron también parte del espectáculo; y ¡ojalá nos fuera licito decir que nada mas hubo! Pero no fue así por desgracia. La clásica *Tersicore* que yacía en el olvido por mas de un título, sin darnos mas muestras de su existencia que las *boleras á dos*, á cuatro, á seis y á ocho con *robo y sin él*, alguno que otro *pas de deux* (como decimos los franceses) y tal cual *balletable* (como suele decir el cartel) se sintió de repente acometida de un raptó de entusiasmo en los

musculos abdominales, y calzándose el coturno declaró: *anché io sono trágica*. Hízolo como lo dijo: apareció en la escena una isla del Archipiélago consuelo de tablas y árboles y edificios de lienzo; y en esta isla puso Tersicore una princesa viuda, dos príncipes y otros magnates, todos muy buena gente, pero que no saben bailar por lo serio, ni conocen la pantomima; en lo cual no vemos nosotros un gran mal, supuesto que se puede muy bien vivir en una isla del Mediterráneo, y aun del Océano, y ser princesa viuda, y aun doncella, príncipe griego, y aun mandarín chino sin haber dado en su vida una corbata, ni hecho un solo gesto significativo. Pero no está en eso el daño, sino en que la tal Tersicore persuadió á algunos de estos isleños de que sabían bailar, y ellos por su mal lo creyeron. Dijo á otros que además de saber bailar, como es cierto que saben, eran excelentes mimicos, y á la cuenta también hubieron de creerlo. El público de Madrid que después de haber creído los anuncios del Diario de Avisos, ha dado en la flor de no creer ni aun los partes oficiales de la Gaceta, se empeñó en negar su asenso al dicho de Tersicore y á las promesas de los isleños; y lo que es mas, quiso que ellos y ella supiesen hasta qué punto llegaba su incredulidad. La princesa viuda y los príncipes auxiliados de sus comitivas sudaban la gota tan gorda, dando tales saltos y brinco, y haciendo tan lastimeros gestos que era una compasión: el público no creía y silbaba. El entusiasmo de los isleños llegó á su punto, cogieron espadas, arietes y otras máquinas de destrucción, y principiaron á darse tales porrazos que fue de temer no quedase uno solo para contarlo: el público no se enternecía ni horrorizaba, no creía y silbaba. Viendo que las calamidades públicas no causaban efecto, sin duda porque la guerra civil nos tiene acostumbrados á tales horrores, trataron nuestros isleños de probar si alguna que otra desgracia individual producía mejores resultados, y para ello dieron tales pesadumbres á uno de los príncipes, que el hombre fuera de sí, y haciendo espantosas cabriolas, cogió una espada y se dispuso á introducirse la con el mayor denuedo por entre la quinta y sexta costilla. Antes de darse el golpe mortal levantó la vista y miró al público que no se conmovía, ni creía sino es que silbaba; y viendo que iba á hacer un sacrificio inútil tiró la espada y tomó las de Villadiego. Solo restaba ya á los miserables isleños un extraño

recurso para dejar airosa á Tersicore, recurso atroz, y que hiela la sangre solo el imaginarlo: el regicidio!; qué horror! Pues tal fue su decision que lo adoptaron por una gran mayoría, y agarrando á la princesa viuda la bajaron con el mayor respeto á una horrenda cueva, en la que sin duda debía perecer de hambre ó quizá peor: el público ni por esas creía; antes bien silbaba que era una maravilla. La desesperacion de los isleños no conoció ya límites, se desparataron frenéticos por aquella isla matando y robando cual si fuesen las facciones de la Mancha, y si el telon no viene con su caída á poner un término á tales desórdenes, estamos seguros de que las visperas sicilianas serian un grano de anís comparadas con las consecuencias de la isleña credulidad. El público, sin embargo, continuaba silbando con tan torca impasibilidad, que solo la hora avanzada puso término al sonoro ruido.

Tal fué el triste desenlace de una funcion que habia principiado con tan buenos auspicios. Hablando con la seriedad que es posible tratando de tales disparates, debemos decir que en algunos bailarines, principalmente la Sra. Díez y el señor Casas, notamos excelentes disposiciones para el difícil arte de la pantomima, y muchos adelantos en el baile debidos á su aplicacion.

MALIBO FALIERO.—Se ha vuelto á poner en escena este bello drama de Delavigne, en cuya ejecucion ha estado el Sr. Latorre tan feliz como acostumbra, y la Sra. Lamadrid ha contribuido con su talento al buen resultado de la funcion.

—
Han sido aprobadas por la junta de lectura de estos teatros los dramas originales *Adolfo*, *Amor venga sus agravios*, *é Intriga para morir* y las comedias traducidas del francés el *Protestante*, el *Domino Consejero*, y los *Dos Granaderos*. Como hace tanto tiempo que nada nuevo se representa en los teatros, es de creer que la empresa se apresurará á poner en escena algunas de las producciones citadas, y nos aseguran que será la primera *Amor venga sus agravios*, con la pieza en un acto traducida del francés, con el título de la *Doble Escalera*, que fue aprobada por la dicha junta, hace algun tiempo; si son ciertas las noticias que nos han dado acerca del drama y de los chistes y situaciones cómicas en que abunda la pieza, creemos que esta funcion llamará la atencion del público madrileño.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de las provincias, cuyo abono concluye en fin de mayo, pasarán á renovar la suscripción, si no quieren sufrir retraso en la recepción de los números.

Aviso.

Se admiten anuncios de obras literarias y objetos de artes, los que se insertarán en las cubiertas por un precio módico.

Libros de venta en la librería de Monier.

Diccionario francés y español y español y francés, por Nuñez de Taboada, última edición, 2 tomos en 110 rs.

La Marana, novela escrita en francés por Balzac y traducida al castellano; 1 tomo 12 rs.

COMEDIAS DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE ESCAMILLA.

Cura deslices de amor, mas prudencia que rigor; comedia en un acto y en verso por D. Francisco G. Elipse.

Stradella, comedia en un acto y en prosa; traducida del francés.

Este periódico sale todos los Jueves.

El precio de suscripción en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se espendeden á dos rs. en los puntos de suscripción en Madrid, que son los siguientes: librería de Cuesta, frente á las Covachuelas: estampería de Valle, calle de Carretas, frente á la de Mijaderitos; y en el almacén de papel calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS. Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Carratalá; Almería, Santamaría; Avila, Sastre Beal; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Laflita; Barcelona, Piferrer; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y compañía; Cartagena, Benedicto; Castellon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Leon, Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Orense, Gomez Pasos; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Reus, viuda de Angelon; Ronda, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Hidalgo y compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administración de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Flores; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Tarancon y Tuy.

NOTA. La redacción está establecida calle del Príncipe, núm. 19, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

Editor responsable J. GUERRERO.